

MUJERES, NACIÓN Y CONFLICTOS EN COLOMBIA. A PROPÓSITO DE LOS CIENTO VEINTE AÑOS DEL FIN DE LA GUERRA DE LOS MIL DÍAS (1899–1902)

RAFAEL RUBIANO MUÑOZ¹

Mi sangre diera padre... y la daré por
mi religión y por mi patria, en caso que
Dios quiera castigarnos con el triunfo de
los rojos. ¡Si ellos llegaran a triunfar (aire
sublime de martirio) ni usted ni yo
quedábamos con vida en este pueblo!

Tomás Carrasquilla, *Luterito*, 1899.

Presentación

Para una historia intelectual de
los conflictos y las guerras en
nuestro suelo

El veinticuatro de octubre de 1902 se redactó el convenio en la hacienda Neerlandia y el veintiuno de noviembre del mismo año se firmó en el buque norteamericano Wisconsin, un acuerdo de paz

¹ Sociólogo y Magíster en Ciencia Política. Doctor en Ciencias Sociales (Flacso-Argentina). Profesor Titular, Universidad de Antioquia.

que produjo el fin de la Guerra de Los Mil Días². Los liberales radicales capitulaban ante los conservadores de la Regeneración y grupos armados de liberales, liderados primordialmente, al mando de Benjamín Herrera y Rafael Uribe Uribe, convinieron dejar la lucha armada y consensuar con el gobierno conservador de José Manuel Marroquín (1900–1904). Con los acuerdos de paz decretados, se cerró el siglo XIX en Colombia y se entró al siglo XX. Las consecuencias de la conflagración fueron la pérdida de Panamá el tres de noviembre de 1903³ y la llegada al solio presidencial del militar comerciante boyacense y conservador Rafael Reyes (1904–1909)⁴.

El gobierno de Reyes fue conocido como “El quinquenio Reyes”⁵, fue un régimen que pretendió pacificar y modernizar al país, y dar garantía a los liberales excluidos de la participación del poder político en dos décadas. Según los expertos, Reyes introdujo algunas reformas importantes en la nación: abrir el espacio político a las minorías políticas (liberales y conservadores históricos), quienes fueron los parias a causa de los gobiernos de la Regeneración (1885–1904), impulsó el mejoramiento de la infraestructura en la nación con obras tales como la expansión de la red de carreteras, afianzó la agro-exportación, con la producción del banano y elevó la navegación por el río Magdalena, incentivó la creación

² Una de las obras primordiales y de consulta obligada sobre la conflagración armada de fin de siglo XIX es el libro del profesor norteamericano Charles Bergquist. *Café y conflicto en Colombia (1886–1910). La Guerra de Los Mil Días. Sus antecedentes y consecuencias*. Bogotá: Banco de la República-Áncora, 1999.

³ Dodd, Thomas. *La crisis de Panamá. 1900–1904. Cartas de Tomás Herrán*. Bogotá: Banco de la República. 1985. Terán, Oscar. *Del tratado Herrán-Hay al tratado Hay-Banau Varilla. Panamá. Historia crítica del atraco yanqui mal llamado en Colombia, La pérdida de Panamá. Nuestra independencia de Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1976. Lemaitre, Eduardo. *Panamá y su separación de Colombia*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1971.

⁴ Lemaitre, Eduardo. *Rafael Reyes. Biografía de un gran colombiano*. Bogotá: Banco de la República, 1981.

⁵ Lemaitre, Eduardo. “1903. Panamá se separa de Colombia”. En: *Nueva Historia de Colombia. Historia política 1886–1946*. Bogotá: Planeta, 2001, pp. 113–144.

de departamentos, creó las primeras oficinas de estadística y consolidó la profesionalización del ejército); con esas reformas su consigna política fue: “Más administración menos política”⁶.

Días después del veintiuno de noviembre, se firmaría como complemento un acuerdo de paz en Chinácota⁷ que daba garantías a los beligerantes en lo penal y se tornó así a la concordia y se generó aparentemente la reconciliación nacional, tras décadas de disputas y desavenencias ideológicas que condujeron a Colombia a una de las luchas fratricidas más degradadas del siglo XIX. Algunos han explicado las causas de la Guerra de los Mil Días, por ejemplo, la crisis de los precios del Café y por ende la caída del sector comerciante exportador, agregado a la crisis fiscal, de gobernabilidad de Miguel Antonio Caro (1892–1898) y Manuel Antonio Sanclemente (1898–1900), según el libro del profesor norteamericano, Charles Bergquist, *Café y conflicto*⁸. Por otra parte, bajo el lente estrictamente político, la corrupción, el fraude en la elección de Sanclemente, la repartición de cargos públicos entre las familias conservadoras y la represión, el despotismo, además del centralismo exacerbado y el autoritarismo presidencial, fueron entre otras, las causas que atizaron los ánimos beligerantes de algunos liberales, no todos, porque hubo quienes plantearon negociaciones y alianzas para no ir a las armas, como Aquileo Parra, desataron los deseos de lucha y de confrontación, como lo explican Jorge Villegas y José Yunis⁹.

⁶ Jaramillo, Carlos Eduardo. “Antecedentes generales de la guerra de los Mil Días y golpe de estado del 31 de julio de 1900”. En: *Nueva Historia de Colombia. Historia política 1886–1946*. Bogotá: Planeta, 2001, pp. 65–89.

⁷ Escobar Guzmán, Brenda. “Tras la guerra de los Mil Días: hacia una paz duradera”. En: *Paz en la República: Colombia, siglo XIX*. Bogotá. Universidad Externado de Colombia, 2018, pp. 272–307.

⁸ *Op. Cit.*, Bergquist.

⁹ Villegas, Jorge y Yunis, José. *La Guerra de los Mil Días*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.

Las disputas de los liderazgos políticos a causa de la precaria integración nacional, primordialmente por la fragmentación regional, en un país donde las castas familiares, los caciques, los patrones políticos, los hacendados, conformaron un mundo de clientelas políticas en localidades, pueblos, provincias, lo que constituía una red de intermediarios y de mediadores políticos, que se disputaban el poder político, para decirlo con Fernando Guillén Martínez¹⁰, fue el hábito y la manera normal de pensar y hacer la política en algunos sectores del país, lo que generaba conflictos y desacuerdos, que iban de las palabras, a la imprenta y de allí al parlamento y a las armas.

Desde otra óptica, se explica la Guerra, a causa de las propias disputas ideológicas de los conservadores, debido a los malos manejos del Estado y la administración pública, e incluso se ha analizado la confrontación enfocándose en la incapacidad de los mandatarios regeneradores de gobernar en el territorio nacional, ya que, los líderes de esos regímenes no conocían nuestro suelo, aun así, ejercían el poder desde algunas capitales, por ejemplo, Caro representó a Panamá en la Asamblea Nacional Constituyente convocada para reformar la constitución de Rionegro de 1863, siendo que el bardo bogotano nunca salió de la capital en toda su vida¹¹.

No obstante, todo lo anterior, lo cierto es que la Guerra, en sus causas principales, se alentó por la vulneración de los derechos en la débil institucionalidad republicana, por el quebrantamiento de la transparencia en las reglas del juego. A lo largo del siglo XIX, nuestra nación, fue un territorio donde prevalecían [¿acaso ha desaparecido? RRM] en esa época en las relaciones políticas, era prevalente el secreto como arma y

¹⁰ Guillén Martínez, Fernando. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Ed. Punta de Lanza, 1979.

¹¹ Rubiano Muñoz, Rafael. *Prensa y Tradición. La imagen de España en Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Siglo XXI, 2011. España, Gonzalo. *Odios Fríos. La novela de Miguel Antonio Caro en el poder*. Bogotá: Grijalbo. 2016.

como recurso político, o el escándalo y la vindicación, el señalamiento, era aceptable el insulto, el descalificativo, el engaño, la manipulación¹², además era incuestionable y debía hacerse sin ninguna restricción moral, la conspiración, los pactos y alianzas oportunistas, los acuerdos bajo cuerda, las intrigas y los complots, y lo más influyente o mejor, consensuado era en muchos casos, el cambiar de bandos partidistas, según las conveniencias, las ambiciones, los intereses y los caprichos o crear partidos personalizados, según los alcances políticos en el espacio o el territorio¹³.

De otro lado, la intolerancia, no solamente política, un rasgo marcado y determinante de nuestra mentalidad y forma de ser y de pensar, constituyó la mecha inextinguible de las guerras colombianas a lo largo del siglo XIX. En el territorio nacional, hemos sido educados para no tolerar al diferente, porque no soportamos al que piensa, actúa, argumenta y reflexiona por fuera de lo común y de lo normal y habitual. Le tenemos fobia a la antítesis, a la crítica y a la confrontación y el disenso. La obediencia, siempre la obediencia, la sumisión y la servidumbre, no la libertad y el librepensamiento, el disentimiento argumentado y sostenido en debate público, ha sido nuestra naturaleza, y esa intolerancia como una manera de vivir y convivir, ha sido esencia de los colombianos hasta la actualidad.

¿De dónde provino esta cultura y esta mentalidad de la intolerancia? Las rivalidades partidistas aparentemente insolubles e irreconciliables (*Rojos contra azules*¹⁴– *Azules contra Rojos*) del siglo XIX, se debieron

¹² Rubiano Muñoz, Rafael. "Élites, clases y poder político A los ciento diez Años de la Guerra de los Mil Días". Revista *Diálogos de derecho y política*. Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, No. 2, septiembre-diciembre, 2009, pp. 66-95.

¹³ Mesa, Darío. "la vida política después de Panamá". En: *Manual de Historia de Colombia*. Tomo. 3. Bogotá: Procultura, 1984, pp. 33-109.

¹⁴ Delpar, Helen. *Rojos contra azules: El partido liberal en la política colombiana, 1863-1899*. Santa Fe de Bogotá: Planeta-Procultura, 1994.

para algunos expertos en nuestra herencia colonial, producto de la mentalidad hispano-católica¹⁵, para otros, a causa de los procesos inconclusos e irresueltos de la descolonización a causa del proceso fallido de las independencias¹⁶, y algunos sostienen que Colombia, nuestra nación, ha sido en general un suelo que carece de ilustración y de una educación fundada en los valores de la razón y de la democracia¹⁷. Lo cierto es que, desde el parlamento, las universidades, el Estado, las ciudades, las revistas, la prensa, la cátedra, el foro, los hogares, las vecindades, las parroquias, los mercados, las plazas, los espacios se convirtieron en fraguas y en escenarios candentes, donde se enardecía la divergencia ideológica y partidista (liberales radicales vs conservadores regeneradores, más algunos moderados).

Las actitudes y las opiniones, de muchos colombianos fueron atizadas por el extremismo y la polarización, que provocaron disputas verbales que luego alcanzaron a convertirse en beligerancia en la vida diaria. Así se intensificaron la animadversión entre los ciudadanos al punto de rupturas y de desacuerdos insolubles e irreconciliables. Esto fue porque, los regímenes políticos, algunos liberales, y todos los de la regeneración, divulgaron la consigna que promovió en sus escritos y pensamiento el conservador ultramontano¹⁸ Miguel Antonio Caro cuando aseguró que: “el que no está conmigo está contra mí”, lo que convirtió el territorio nacional en un campo de iracundos fanáticos e idólatras dispuestos a morir por la causa y el partido al que se le rendía culto, lealtad y adhesión absoluta.

¹⁵ Jaramillo Vélez, Rubén. *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Editorial Temis, 1998.

¹⁶ Earle A., Rebecca. *España y la independencia de Colombia, 1810-1825*. Bogotá. Universidad de los Andes, 2014.

¹⁷ Safford, Frank y Palacios, Marco. *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida, su historia*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2002.

¹⁸ Romero, José Luis. *Pensamiento conservador (1815-1898)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

El extremismo y la polarización dominaron en el territorio nacional durante décadas y en esa época en específico se experimentaron las primeras contiendas armadas de guerrillas, que se extendieron y diseminaron en algunos centros urbanos regionales, como lo investigó Carlos Eduardo Jaramillo en su libro *Los Guerrilleros del novecientos*¹⁹. Además, en la contienda de fin de siglo XIX se produjeron desplazamientos, destierros, fusilamientos, masacres y una variedad de problemáticas sociales que están todavía por redescubrirse, y por ser investigados.

El artículo tiene varios propósitos, en primera instancia invitar al lector a rememorar una de las contiendas que determinó en parte la idiosincrasia de los colombianos, definió algunas actitudes y problemas que tienen vigencia en nuestra cultura política hasta la actualidad. Y aunque es habitual olvidar el pasado, sin que seamos conscientes o no nos percatamos de ello, no pocas de nuestras mentalidades políticas siguen ancladas en los dos siglos pasados de vida republicana, en lo que se podría afirmar, subsisten nuestros *nudos políticos irresueltos*. Ahora, más allá del lugar común que se suele utilizar por lo demás de modo abusivo cuando se afirma que: “el que no conoce la historia tiende a repetirla”, absurda concepción recurrente, ya que nadie repite lo que no conoce, menos la historia— el escrito pretende mostrar algunos aspectos derivados de la guerra que podrían ser objeto de minuciosas y detalladas investigaciones, que no son generalmente asumidos, vistos o tratados ni en la historia oficial ni en otros escenarios de enseñanza y aprendizaje.

Bajo la anterior apuesta, el artículo se enfoca en la perspectiva teórica y metodológica de la historia intelectual, para lo cual se centra en plantear el modo en que se podría asumir una perspectiva de los conflictos y de las guerras del país, en la óptica de ese campo. Se supone que la

¹⁹ Jaramillo Castillo, Carlos Eduardo. *Los guerrilleros del novecientos*. Bogotá: Cerec, 1991.

creación científica es duda y creación, mas no repetición, por ello, en este escrito se busca plantear de modo alternativo, aproximarse a la Guerra de los Mil Días, donde se pueda reconstruir la coyuntura histórica yendo más allá de la sociología, el derecho y la ciencia política. Para tales efectos y en la visión de la historia intelectual es necesario un diálogo interdisciplinario que involucre otros campos, como la literatura, la estética, la filosofía, las artes visuales acudiendo para ello a otras fuentes de lectura y de análisis, como biografías, epistolarios, memorias, caricatura, que no son de habitual consulta ni estudio.

La historia contada desde la elites o desde las clases dominantes, ha sido habitual y común, pero no se han tenido otras historias y otras narraciones, desde otras ópticas que quizás pueden decir más de lo esperado en lo que corresponde a la historia política o dicho de otro modo puede estimular una *contra-historia* (una historia más allá de la historia), o una historia alterna, que al debatir con la historia oficial muy documentada en los archivos, abra preguntas e interrogantes y genera nuevas visiones sobre nuestras realidades. Y si bien, el documentalismo y la archivística, han sido armas manipuladas por las élites para rendir una versión y una verdad de nuestros asuntos y problemas sociales –y aunque son válidos y legítimos– este positivismo histórico no responde con pertinencia al diálogo entre historia social e historia de las ideas, la historia de la cultura o la historia intelectual porque para decirlo con José Luis Romero²⁰, enmudecen o se atrofian al zanjar sus fronteras y límites permitidos, al involucrar otros actores (los de abajo) u otros problemas más allá de lo político.

Realizar una *historia intelectual de los conflictos o las guerras* para el caso colombiano exige repensar las fuentes de consulta e investigación.

²⁰ Luna, Félix. *Conversaciones con José Luis Romero*. Buenos Aires. Sudamericana.

Como lo ha puesto en la agenda de discusión el profesor Carlos Altamirano, hace tres décadas, la historia intelectual²¹ es un campo alternativo, emergente e incluso interdisciplinar, que exige al estudioso o investigador de las ciencias sociales, cierta imaginación y quizás desobediencia disciplinar, para aproximarse, con mayor prestancia o con una mirada más abierta y amplia, a los fenómenos sociales que nos circundan. Por lo tanto, este artículo invita al lector a mirar y leer de modo alternativo el pasado, con el ánimo de confrontar la oficialidad de los relatos históricos y postula la vocación a que los estudiantes universitarios se quiten las vendas y puedan como lectores ciudadanos, construir una nación plural, diversa y democrática, no sujeta a los cánones de vida impuestos por unas élites mezquinas, *anti-ilustradas* y que en dos siglos han destruido las posibilidades de la *modernidad* entendida como una apuesta de progreso y de igualdad social para todos sin excepción.

Una *contra-historia* porque frente a ciertos acontecimientos del pasado, el dominio del relato histórico oficial, generalmente hecho por las élites que han gobernado y han consolidado sus castas familiares en el Estado y en la administración pública, utiliza a los profesionales de historia, generalmente provenientes de clases medias y bajas que se convierten en súbditos o en altavoces del dominio de esas élites –excepción hecha de unos pocos–, y por lo demás, han impedido que nuevas voces surjan, que voces diferentes circulen en los libros de historia o de ciencias sociales, y se silencia siempre a los de abajo, a los otros, (*la otredad*), se los ha convertido en invisibles, son los *olvidados*, los desterrados de la narración o de la memoria, porque así de ese modo se legitima una verdad, la de los héroes y heroínas que conforman las jerarquías familiares en el

²¹ Carlos Altamirano, "Introducción general", *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires: Katz, 2008, pp. 9-27; Carlos Altamirano. *Intelectuales. Notas de investigación de una tribu inquieta*. Buenos Aires, 2013.

poder de nuestra nación. Y así ellas, las élites y sus clases dominantes, ponen a circular una verdad, la verdad dicha y plasmada con *sangre* porque han ejercido su poder y no les gusta, no quieren ni querrán que las otras verdades, las que circulan subterráneamente, que pueden disputar o mejor, rendir con mayor fidelidad lo que han sido los sucesos que han conmovido a nuestras tierras en un largo tiempo, salgan a la luz pública.

Es por ello, que la historia oficial le ha dado en la mayoría de los casos, la voz a las élites, a las clases políticas dominantes, ha hecho las biografías de sus héroes patrios, ha publicado la historia de las familias con apellido que han dominado en dos siglos, ha exaltado a sus militares, ha puesto a circular los relatos de quienes controlan el poder, los de arriba, sin mirar hacia abajo, a esos otros, que son héroes anónimos aparentemente. Una historia, sociología y ciencia política fundadas en valores democráticos debe mirar hacia abajo, y al hacerlo darle voz y representación a los otros, a quienes, según sus prejuicios, no constituyen sujetos políticos de la historia, porque según sus caprichos e intereses no deben ser escuchados, menos aún ser leídos y ser aprehendidos por las nuevas generaciones y por lectores novedosos. Al no narrar y relatar a los otros de modo muy sutil, se ocultan muchas verdades, se impone una verdad, que custodia manipulada con algunas instituciones y publicaciones que hacen servicio al amo como esclavos, puede mantenerse y de ese modo se evita que la *contra-historia* o una historia alternativa llegue iluminando a todas las clases, lo que debería ser justamente la democracia, en el sentido de la conciencia y de la educación sobre el pasado, de todos los ciudadanos.

En una historia intelectual de los conflictos o las guerras en el país sería necesario justamente fomentar la mirada con nuevas fuentes, con fuentes inéditas, innovadoras y creativas, y poder escudriñar nuestros problemas dándole espacios por ejemplo a las artes plásticas, la música, la fotografía, el cine; pero, en esa misma dimensión, hay que incluir

también la literatura, el género epistolar, biográfico, los foros, la cátedra, la música, entre otros, que contribuyan o logren dar luz sobre aspectos que la sociología, la ciencia política o la historia propiamente dicha no puede alcanzar o lograr redescubrir con pertinencia y con solidez o versatilidad. En este caso y para los objetivos del artículo nos centraremos en el papel de las mujeres, la caricatura y la literatura en la guerra, que usualmente no se tienen como fuentes, ya que se les desprecia o se las ignora porque no constituyen el hábito común de la investigación o del hacer científico.

En los últimos años el papel de la mujer en la historia ha ido tomando atención, pero de modo muy tímido en nuestros medios académicos y se ha ido instalando en la agenda de investigación en algunas disciplinas restrictivamente. Más allá del feminismo, como lucha o como bandera, las mujeres como otros grupos no ampliamente reconocidos de la sociedad han ido siendo de la agenda de algunos profesores, comunidades universitarias y científicos o por medio de publicaciones con temas hasta ahora dominados por los hombres como actores principales. Basta mencionar sobre la Ilustración²², la Revolución Francesa (1789)²³, las independencias latinoamericanas (1808–1810)²⁴, sobre los intelectuales y los escritores²⁵ o en este caso la guerra de los Mil Días²⁶, las mujeres son protagonistas de la historia, no aparecen por detrás o tras bastidores. Son actrices claves en los espacios sociales científicos y académicos, y más allá de la militancia, el voluntarismo o el estallido social, las mujeres deben

²² Molina Petit, Cristina. *Dialéctica feminista de la ilustración*. Barcelona: Anthropos, 1994.

²³ Verdaguer, Mario. *Las mujeres de la revolución*. Barcelona: Apolo, 1932.

²⁴ Martelo, Martha Lux. "las mujeres de la Independencia de la Nueva Granada. Acciones y contribuciones". En: *Historia que no cesa*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2010, pp. 163–189.

²⁵ Marting, Diana E. *Escritoras de Hispanoamérica*. Madrid: Siglo XXI, 1990.

²⁶ Martínez Carreño, Aída. "Mujeres en pie de guerra". En: *Memoria de un país en guerra. Los Mil Días 1899–1902*. IEPRI-UNIJUS–Universidad Nacional de Colombia–Planeta, 2001, pp. 195–211.

ser objetos de estudio y de investigación, y por ello han de estar en el debate público y racional mediante seminarios, proyectos de investigación, foros, congresos, cursos y cada vez debería ser un sujeto ineludible de la docencia y de la reflexión en las ciencias sociales y políticas.

Pese a que en Colombia y América Latina el feminismo ha emergido con una fuerza impresionante (incluso en algunos casos con carácter fanático e inquisitorial) como actor político, las mujeres en nuestros medios no se leen y estudian, no se las investiga como escritoras, intelectuales, editoras o como sujetos esenciales de los conflictos y de las guerras, más bien se reitera, se las tiene como subsidiarias o cuando no como víctimas, pero también se las idolatra con culto irracional cuando se las antepone como acto de inquisición, litigio e incluso fiscalía o penalidad. Se insiste, hay una efervescencia de *feminismo* pero no se las estudia como actrices de la intelectualidad y el pensamiento, no obstante los esfuerzos de Víctor Alba²⁷, Amaury de Riencourt²⁸, María Mercedes Jaramillo y Betty Osorio²⁹, Magdala Velázquez Toro³⁰, entre una lista amplia, quienes han impulsado o estimulado el estudio de las mujeres en campos del pensamiento, preferiblemente.

En la historia intelectual como campo, se las estudia con cierta prevención y con mucha inhibición, y no constituyen referentes esenciales de investigación, toda vez que ellas (las otras) son incuestionablemente parte vital y esencial de nuestro acontecer y constituyen el nervio o cemento de nuestras sociedades, incluso más si se repara en lo que concierne a las guerras o los conflictos, basta citar a Clorinda Matto de

²⁷ Alba, Víctor. *Historia social de la mujer*. Barcelona: Plaza y Janés, 1974.

²⁸ De Riencourt, Amaury. *La Mujer y el poder en la Historia*. Caracas: Monte Ávila, 1974.

²⁹ Jaramillo, María Mercedes y Osorio Betty. *Las desobedientes. Mujeres de nuestra América*. Bogotá: Panamericana, 1977.

³⁰ Velázquez Toro, Magdala (coordinadora). *Las Mujeres en la historia de Colombia*. Vol. 1. Bogotá: Norma, 1995.

Turner, Teresa de la Parra, Gabriela Mistral, Flora Tristán, Victoria Ocampo, María Cano, Débora Arango, en fin, las que han constituido y han incidido en nuestra historia del país y de Latinoamérica. En un libro titulado: *América Latina en la clase de historia*³¹ de Emma Cibotti, en su parte introductoria hace una invitación a repensar nuestro continente latinoamericano y para ello propone confrontar, el tiempo, los actores y el espacio.

Para ello sostiene que nuestro tiempo no es propia y exclusivamente el europeo y fundamenta su noción temporal en la *discontinuidad* contra la linealidad (la cronología y las fechas que son dominantes en la historia oficial). A la manera de Alfonso Reyes³² y de Baldomero Sanín Cano³³, Cibotti confronta la correspondencia que supondría que el tiempo de la política (o lo político) es sincrónico con lo social o lo cultural. Es un elemento de análisis del libro que es necesario involucrar en nuestro medio ¿cómo aplicamos la noción de tiempo en esas disciplinas para Colombia y América Latina? ¿por qué darle prevalencia a los modelos y paradigmas europeos aplicados de modo forzoso en nuestras realidades?

De otro lado, hay que decir que los actores de la historia y la política no son exclusivamente las élites y los relatos de la historia no la narran los *vencedores*, es necesario invertir la mirada y dejar contar a los otros, a los que se mal llaman, *vencidos*. La historia no es solamente de quienes han dominado, hay que explicarla también en aquellos quienes han sido (y siguen siendo por las razones arriba aducidas) los *vencidos*. Cibotti incluye el *mestizaje*, —ya lo hizo Simón Bolívar en la *Carta de*

³¹ Cibotti, Ema. *América Latina en la clase de historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016.

³² Reyes, Alfonso. "Notas sobre la inteligencia americana". En: *Obras Completas. Vol. 11*. México: Fondo de Cultura Económica.

³³ Sanín Cano, Baldomero. "El descubrimiento de América y la higiene". En: *La civilización manual y otros ensayos*. Buenos Aires, 1925 y "La carga del hombre blanco". En: Rafael Rubiano Muñoz y Andrés Felipe Londoño. *Baldomero Sanín Cano en la Nación de Buenos Aires. 1918-1931*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2013.

Jamaica (1815), quien en su epístola–ensayo premonitoria de la coyuntura de las independencias, planteó que el pluralismo étnico y la diversidad racial serían los problemas épicos de la vida latinoamericana–, y con el asunto del *mestizaje* invita Cibotti razonablemente, no fanática y exóticamente, a plantear el problema de la relación clases sociales e historia y sus relaciones con el poder político, ¿cómo hay que incorporar a los relatos históricos las nociones de etnias, comunidades y sujetos?, lo que es absolutamente pertinente hoy en Colombia, dado el contorno dramático e irracional, más o menos comprensible en nuestro medio, del racismo emergente y floreciente a propósito de la coyuntura electoral.

A la diversidad étnica y plural como base para repensarnos como territorio para una historia intelectual de los conflictos y las guerras en nuestros suelos es imprescindible incluir el papel de los intelectuales, las revistas y la prensa como fuentes indispensables de lectura para hacer de modo más comprensible los problemas sociales. Y, finalmente, Cibotti cuestiona la espacialidad, cuando se piensa de modo funcional, es decir, asumir el espacio de la nación o de la nacionalidad blanca, como categorías o nociones propias de la política, siempre referidos a modelos que se aplican a nuestras realidades de modo forzado y sin mediaciones. Estado, nación, región, partidos, elecciones, conflictos, guerras, ciudadanías, movimientos, revoluciones y contrarrevoluciones, en fin, se construyen de modo interpretativo desde lo foráneo y ajeno, distanciados de nuestras realidades, sin hacer específico nuestras existencias y sus singularidades.

Por lo anterior y retomando la perspectiva de Cibotti, ella cuestiona que haya una correspondencia entre geografía y política, porque según su análisis, las geografías naturales o étnicas, u otras formas de organización socio–espacial superan como realidad los proyectos políticos que generalmente se impusieron con lecturas e interpretaciones desde afuera y se aplicaron con leyes y normatividades en las guerras y se plasmaron en las constituciones durante el siglo XIX, tal y como lo ha investigado

Hernando Valencia Villa con su libro titulado *Cartas de Batalla*³⁴. En la tradición del pensamiento latinoamericano se ha constituido una línea de diálogo y de mediación entre Europa y América Latina sin derivar o caer en extremos y polarizaciones como hoy suelen enseñarlo y difundirlo los decoloniales y poscoloniales, con agresión, resentimiento y venganza frente a lo occidental y lo eurocéntrico, un fascismo al revés; de eso no se trata de ir a la inversa con actitud irracional.

Aplicar modelos o fórmulas extraídas o abstraídas de nuestras realidades ha constituido una visión dañina de nuestras ciencias sociales, así mismo de quienes asumen posturas contrarias abstraen o suprimen nuestras propias realidades y se ubican en las orillas de los exotismos o de los racismos invertidos. ¿Por qué no hablar de fronteras rotas y de límites fallidos en el espacio político de la nación? ¿Dónde empieza lo nacional y dónde acaba? ¿Dónde lo regional o lo municipal? En fin, Cibotti interroga las relaciones unilaterales de geografía y espacio con la historia. Estos argumentos esgrimidos tienen la pretensión de ubicar al lector en las discusiones que deberían propiciarse en las clases, cualquiera de ella dictada en las universidades por profesores que tengan la ética científica de repensar nuestros territorios con una mente abierta y des-dogmatizada, sin fanatismos ideológicos-científicos y con el anhelo de reconstituir la *Utopía de América* que tantos letrados y pensadores lucharon y se esforzaron por concretar. *Utopía* es anticiparse al cambio, imaginarlo y poder trabajar en su realización mancomunadamente para decirlo con el dominicano Pedro Henríquez Ureña³⁵.

A partir de los anteriores presupuestos, el artículo es una invitación a rememorar los ciento veinte años del fin de la Guerra de los Mil

³⁴ Valencia Villa, Hernando. *Cartas de Batalla: una crítica del constitucionalismo colombiano*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1986.

³⁵ Henríquez Ureña, Pedro. *La Utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

Días, hacer hincapié en un aspecto poco visto, que en 1902 se firmó un acuerdo de paz de carácter nacional y que como ningún otro, por lo menos permitió cierta reconciliación en el país hasta cuando se produjo el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán el nueve de abril de 1948 que, según los especialistas y autorizados, engendró de nuevo la violencia bipartidista en el país. Rememorar el fin de la Guerra de los Mil Días, no se hace en este escrito con el ánimo de narrar o relatar desde la óptica de la historia oficial, que cuenta siempre de modo mítico el acontecer humano y social, al crear héroes, batallas, fechas, calendarios (y el tiempo y el espacio, construye su cronología trascendental, olvida los otros tiempos, de la gente común y simple) y hacen pensar que nuestra existencia social es lineal y esa *cronología* rige nuestras vidas, con fechas patrias o festividades religiosas.

Por ello, el escrito tiene el objetivo de contribuir en la medida en que se puedan esgrimir nuevas reflexiones, cumplidos ya ciento veinte años de acaecida la contienda armada que cerró el fin de siglo XIX y abrió para Colombia el siglo XX, planteando a las mujeres y hombres de nuestra nación nuevos retos y desafíos que según algunas de nuestras pesquisas siguen sin ser resueltas en pleno siglo XXI. Este artículo está elaborado con la intención de que los lectores en general y quizás muchos estudiantes universitarios y de otros niveles puedan comprender que el estado de decadencia y postración que vive Colombia en este 2022, *ad portas* de un proceso electoral inusitado, muchos de los enredos y nudos de nuestra política, se hayan en el pasado inmediato y que según se contemple la posibilidad de pensar abierta y alternativamente ese pasado como clave para des-ocultar y redescubrir el presente, con sus altibajos de sucesos, de coyunturas críticas y no tan críticas, puede animar a una generación a cambiar su modo o su manera de entender los conflictos que siguen incrustados al parecer irremediabilmente en nuestro suelo.

Marginalia, las mujeres en los conflictos y en las guerras. Un corto excuso

En 1899 se publicó la novela *Luterito* o *El padre Casafús* de Tomás Carrasquilla. Justamente el año en que comenzó la Guerra de Los Mil Días. El cuento histórico-político se enfoca a reflexionar sobre las vicisitudes de la contienda armada que se conoció como la guerra de las escuelas, que se desenvolvió en 1876, a causa de las reformas liberales que se habían impuesto en la Constitución de Rionegro de 1863 en la cual se promovió la educación laica y gratuita³⁶ mediante la edificación de las Escuelas Normales³⁷. A partir de esa lectura se podrán ubicar los lectores para poder dimensionar lo que fue la conflagración armada de finales del siglo XIX. El relato estético político plantea un cruento interrogante. ¿Es posible la libertad de opinión o de conciencia en una sociedad en conflicto o en guerra? El relato se desarrolla en un pueblo no ficticio (San Juan de Piedragorda) en medio de las disputas o contiendas entre liberales (rojos) y conservadores (azules).

La destreza de Carrasquilla en dicho cuento histórico es desvelar asuntos de la historia política del país que de modo explícito o subrepticio hacen parte de nuestras costumbres y de nuestra cultura política. Por un lado, el énfasis en el relato acudiendo a los modismos de los antioqueños, constituye una riqueza del libro. A cada trazo de *Luterito*, el lector se topará con un lenguaje vernáculo, propio de las gentes antioqueñas bajo el ambiente campesino (pueblerino será mejor decir) de estas tierras del país. De modo que Carrasquilla se esfuerza por acudir con versatilidad al regionalismo lingüístico –de los antioqueños– con la intención de criti-

³⁶ Rausch, Jane. *La educación durante el federalismo: la reforma escolar de 1870*. Santa Fe de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Universidad Pedagógica Nacional, 1993.

³⁷ Helg, Aline. *La educación en Colombia 1918-1957: una historia social, económica y política*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC, 1987.

car con ironía su carácter y mentalidad, pero, ante todo, con esa exigencia literaria su intención es hurgar en el alma y en la esencia de la identidad regional, bruscamente sellada por la connivencia entre religión y política.

El recurso literario del énfasis en los modismos antioqueños constituyó un arma extraordinaria del cuento, toda vez que para la época el dominio de la élite conservadora de la *Regeneración*, impedía que las lenguas vernáculos fueran valoradas por el dominio que esta casta política presumía imponer mediante un castellano rancio e hispánico. Presumiblemente la narración con el énfasis vernáculo constituyó en Carrasquilla una manera de confrontar al poder de los gramáticos conservadores. Para esta época el poder político en el país fue controlado por familiares y por amigos que pertenecían a los rancieros apellidos de los conservadores (Caro, Cuervo, Holguín, Rivas Groot, Valencia), esas castas eran quienes especialmente sabían latín y eran gramáticos como lo investigó Malcolm Deas³⁸.

Uno de los personajes centrales y más destacados de la obra es Quiteria Rebolledo de Quintana, mujer belicosa que representa el sector antioqueño ultraconservador, godo, profundamente dogmático en religión, intransigente e intolerante, piadosa e íntegramente fanática y militante católica. Su incapacidad para la tolerancia es descrita paso a paso por Carrasquilla, su imposibilidad neural, física, cultural y psicológica para convivir con los liberales, los otros, los diferentes, los contradictores, es magistralmente pincelada en términos literarios y políticos. *Quiterita* es la matrona del pueblo, organizó el Batallón Pío IX, realizó bazares, reuniones, reclutó la gente conservadora del pueblo, consiguió armas y vestidos, comida, pero, ante todo, su visión del mundo se sintetizó en tres palabras: “Antioquia, patria, religión”, valores incuestionables de su existencia.

³⁸ Deas, Malcolm. *Del poder y la gramática: y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993.

La capacidad de reclutar fieles y adeptos a la causa conservadora de la religión durante la Regeneración, la energía invertida para organizar un ejército civil armado en el pueblo, constata de qué modo la mujer se inmiscuyó en los conflictos del país. Así lo logra analizar Aída Martínez en su ensayo titulado: “Mujeres en pie de Guerra”³⁹, del libro, *Memoria de un país en guerra, Los Mil Días 1899-1902*, coordinado por Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera. A propósito de ese libro citado, los lectores encontrarán un caleidoscopio de temas que no son descritos linealmente y allí aparecen justamente actores y objetos diversos de la guerra de fin de siglo, entre otros asuntos que para una historia intelectual es obligado, los intelectuales, la música, la literatura, por ejemplo, el papel de los soldados (héroes anónimos), el clero, sobre los presos políticos, la música, los escritores, la pintura y la caricatura, como los primordiales.

Aída Martínez evalúa el rol y papel de las mujeres a lo largo de la vida republicana del siglo XIX y enfatiza en la Guerra de los Mil Días, rescata del olvido a Manuela Beltrán, Bárbara Forero, Manuela Sáenz, las juanas voluntarias, las analiza como mujeres uniformadas, las transgresoras instigadas, las guerreras por convicción, sus funciones, y su autoafirmación como actores esenciales de los conflictos armados del país y en una de sus reflexiones plantea que:

La vinculación de las mujeres a las acciones de guerra, vale la pena recordarlo, estuvo condicionado por la posición, el parentesco, los medios económicos, la clase social y la edad, pero puede decirse que en la continuidad del enfrentamiento hubo lugar para todas. Los roles fueron múltiples, y entre los asumidos por las mujeres de mayor rango “inclusive señoras distinguidas”, fueron comunes

³⁹ Martínez, Aída. “Mujeres en pie de guerra”. *Memoria de un país en guerra. Los Mil Días 1899-1902*. Bogotá: IEPRI-UNIJUS-Universidad Nacional de Colombia-Planeta, 2001, pp. 195-210.

la entrega de dinero e insumos, espionaje, servicio de postas, consecución y traslado de armamento, organización de hospitales de sangre, atención a heridos, fabricación de municiones, hechura de vestuario, auxilios a tropas en marcha. Apoyos simbólicos como bordar divisas, insignias y banderas, presentar homenaje a los generales y a los ejércitos triunfantes, estaban ligados a los tradicionales conceptos de feminidad⁴⁰.

No fue que ella estuviera siempre relegada y recluida en el hogar o la cocina, fue partícipe y copartícipe, en ocasiones como abanderada ideológica, como reclutadora y reclutada, como acompañante en las actividades de enfermería, auxiliadora, informante, hasta con toda seguridad consejera y conspiradora. De modo que las mujeres tuvieron una intensa actividad en las guerras y los conflictos, fueron en el caso de *Quiteria*, guerreras armadas y semi letradas por parte de la línea conservadora que, si bien era poco ilustrada, no obstante, pese a sus pocas luces ejerció una autoridad por su posición social en el pueblo, por su capital y por su ascendencia familiar, respetable y honorable por sus principios y convicciones que incuestionables, se fundieron en el grito de patria y religión.

Lo pertinente de esta mujer actor principal de la *Guerra de las escuelas* es lo que representa en el contexto territorial del país, la intolerancia, que no necesariamente lleva armas de fuego, pero si el arma del lenguaje, uno simple y constreñido, fogoso y encendido, el del *antiliberalismo* de la época, absolutamente imbricado de *odio y resentimiento* frente a todos aquellos que no comparten, o mejor, no comulgan con su idolatría, la religión católica y la Regeneración conservadora de Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez. Al simplificar el lenguaje, los adversarios pierden sus cualidades humanas complejas, se arrincona la complejidad, se la reduce y se la extirpa, y al disolver la complejidad, el contradictor

⁴⁰ *Ibid.* p. 204.

(adversario) pierde sus cualidades humanas para ser empequeñecido a un ente sin propiedad, se le califica bajo artificios, se le congela como una entidad inhumana, fácil de atacar y de destruir. Cuando el lenguaje se complejiza hay opciones de debatir y de discutir, pero al simplificar el lenguaje no hay otro humano para disentir y se le altera como cosa que puede ser violentada mediante las reacciones emotivas y mediante las palabras que enmudecen. Simplificar en contextos de conflicto político es absolutamente antidemocrático y es fascismo como lo analizó la *Escuela de Frankfurt* en los años cuarenta y cincuenta, según se lee en Max Horkheimer, Theodor W. Adorno, Walter Benjamín, Siegfried Kracauer, Herbert Marcuse, Erich Fromm como los principales analistas y, por su puesto, Hannah Arendt.

Por eso, *Quiteria* representa en la sociedad colombiana la reducción al máximo del lenguaje y la destrucción de la política y lo político como espacio de reflexión, argumentación y análisis, es una manera reactiva como aquella otra que exalta con cualidades extraordinarias y excepcionales, creyendo o mejor suponiendo que hay un mesías y un salvador, o cuando se siente como soldado militante, cuando hay enemigos absolutos, no enemigos humanos. Nada es tan peligroso y amenazante en la sociedad como la reducción y simplificación en el lenguaje frente al adversario y el contradictor y en la misma magnitud la exageración, el abuso y exaltación con cualidades que no le corresponden, tanto a quien se considera enemigo como aquel otro que se le rinde culto como líder o como dirigente, demonizar y al mismo tiempo divinizar, construir mesiánicamente es tan dañino y pernicioso porque se derivan en los extremos y en la polarización y eso destruye lo público, el debate público, la democracia.

Desde los años de 1870, se reprodujeron las *Quiteritas* en la sociedad colombiana, las que como esporas se expandieron por el territorio nacional, con un romanticismo reaccionario, antiliberal, *anti-ilustrado* y antidemocrático que, con el lema de *Dios y Patria*, pretendieron incen-

diar como cruzada al país, para extinguir y extirpar todo aquel o aquella que fuera diverso, diferente y que representara las ideologías contrarias al conservadurismo de la Regeneración. A la par que se inoculaba la mentalidad intolerante del conservadurismo con los tintes de la religión católica como ingrediente de odio y de venganza, de resentimiento, en la prensa sus líderes atornillaban hasta fijar indeleblemente, la armadura del proyecto de la Regeneración. Las batallas comenzaron con la palabra, con la prensa y se desplegaron a las armas, a los campos y a las regiones. En el caso de la Guerra de los Mil Días, la prensa jugó un papel esencial y se convirtió —no en un espacio de discusión democrática— en una herramienta y en arma enardecida de pugnacidad y de confrontación directa.

Precisamente Miguel Antonio Caro, delineó lo que sería la *Regeneración* como un proyecto político con la fundación del periódico *El Tradicionista* (1871–1876)⁴¹, y desde él vertió todo su veneno político literario, convirtiendo al liberalismo colombiano en un “enemigo absoluto” que era obligado destruir empujando a la gente de bien, de buenas costumbres y trabajadora, a los piadosos y católicos ejemplares de esa época, a ejecutar su empresa de exterminio en el territorio nacional. A la cultura impresa se le unió la cultura oral, porque en esos años el analfabetismo era muy alto, pues, según el censo de 1892, el país contaba con 4.183.000 habitantes, y sabían leer y escribir casi el 30%⁴².

Uno de los elementos esenciales de la circulación y de la divulgación de la intolerancia, tratada como elemento esencial de la mentalidad política de Colombia en el siglo XIX en *Luterito*, fue el chisme y el rumor que constituyeron la base social o conformaron los lazos sociológicos

⁴¹ Caro, Miguel Antonio. *Escritos políticos*. Vol. 1. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1986.

⁴² Melo, Jorge Orlando. “Las vicisitudes del modelo liberal”. En: *Historia económica de Colombia*. Bogotá. Tercer Mundo, 1994 y Poveda Ramos, Gabriel. *Población y censos en Colombia. Desde la Conquista hasta el siglo XXI*. Medellín: UNAULA, 2013.

que estructuraron la cultura política de la época. Sin duda, la cultura oral constituyó el lazo más estrecho e indestructible de la intolerancia en *Luterito*, porque en sociedades analfabetas o poco alfabetas, casi iletradas, como fue el caso de la Colombia del siglo XIX, la imaginaria y las representaciones colectivas de la población, se estatuyeron a partir de la oralidad, pero de una que carece de información, es decir, contraste de esa información, conversación pública y debate, crítica y confrontación. De boca en boca pasó sin duda el virus *antiliberal* (y también el *anti-conservador* en el caso de los liberales que no eran realmente liberales, es decir, librepensadores) que para este escrito nos enfocamos en el cuento histórico político *par excellence* del siglo XIX de Carrasquilla que es por donde se podría empezar a entender la guerra que nos interesa analizar.

Las minorías debatían desde la prensa y el parlamento, mientras que las mayorías lo hacían en sus hogares, el púlpito, la plaza, el mercado, el parque, las tiendas y las legumbreras. Cultura impresa y oral se mezclaban, y una y otra se diseminaron indistintamente en el país y por ello es importante rescatar desde la otredad a sujetos que han sido ignorados o premeditadamente despreciados, como las mujeres. Al leer el diario *El Tradicionista* que brinda la versión antiliberal del conservadurismo, es necesario introducirse en otros impresos de la época, tales como *Papel Periódico Ilustrado* (1881) de Alberto Urdaneta; *El Telegrama* (1886) de Jerónimo Argáez, *El Espectador* (1887) de Fidel Cano, *El Autonomista* (1890) de Rafael Uribe Uribe, *El Zancudo* (1890) de Alfredo Greñas y *El Correo Nacional* (1890) de Carlos Martínez Silva, por citar algunos donde las voces de las élites pueden alternar con las voces de las masas⁴³. Al

⁴³ Vallejo Mejía, Maryluz. *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia. (1880-1980)*. Bogotá: Planeta, 2006. Castaño Zúñiga, Luis Ociel. *La prensa y el periodismo en Colombia hasta 1888: una visión liberal y romántica de la comunicación*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia, 2002.

revisar esos medios impresos se podrá tener una visión más amplia de la Guerra de los Mil Días y podrá ser objeto de estudio y de investigación, por ejemplo, cómo se debatió en esa época y cómo se llegó a las armas.

Es pertinente también leer otros impresos de la época para tener una visión más abierta y amplia de los antecedentes de la guerra y el papel de las mujeres en los conflictos del país, donde aparecieron no solamente en la prensa, los motivos de los conflictos y las causas de las guerras, por eso los lectores deberían acompañar sus análisis más allá de los textos sesudos de interpretación de la historia, la ciencia política o la sociología, con las fuentes literarias, que se incluyen en la historia intelectual, por ejemplo, valga reiterar, junto a la prensa, hay que leer en esta época, los epistolarios, los relatos de viaje (nacionales y extranjeros), las memorias, las biografías, las revistas, los foros y congresos, la cátedra y muchos otros más.

Sobre los epistolarios, sería capital leer a José Asunción Silva⁴⁴ y en lo que respecta a los retratos o cuadros de viajes (también llamado de costumbres) son pertinentes para escudriñar la sociedad colombiana en lo referente a los conflictos y las guerras, más específicamente los antecedentes de la Guerra de los Mil Días, a Miguel Cané⁴⁵ y a Ernst Röthlisberger⁴⁶. Retornando entonces, según el relato de Carrasquilla en el cuento *Luterito*, la intolerancia en la cultura oral y escrita, impresa y verbal, contuvo los siguientes referentes actitudinales:

⁴⁴ Silva, José Asunción. *Cartas (1881-1888)*. Bogotá: Ediciones Casa Silva, 1996.

⁴⁵ Cané, Miguel. *En Viaje*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005.

⁴⁶ Röthlisberger, Ernst. *El Dorado: estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2016.

¡Abajo la infame oligarquía, abajo el sapismo impío, abajo las escuelas sin Dios! Antioquia la soberana, la agreste soberana, cifra en su fe su orgullo, en su fe su tesoro, su vida. ¿Y pretenden arrancársela los malvados? ¡Qué vengan! –brama el pueblo–. ¡Atrás los pérfidos! –grita el gobierno– ¡A ellos!

Y fuego bélico inflama los corazones; la fe les exalta y les sublima. Truenan el club y la tribuna. Viento de epopeya silba en las breñas, vibra en las sierras, se desata en los ámbitos. Cada hogar es una fragua, un Sinaí cada púlpito. Surgen los apóstoles, aparecen los evangelistas. Al infinito tiende la mujer bíblica de estas montañas: si es preciso su sangre, también la ofrendará, que vírgenes y mártires la derramaron siempre por su Dios. ¡A la lid las milicias todas del Señor! No es soldado únicamente quien combate en el fragor de la pelea: gloriosas e incruentas se libran con otros héroes y otras armas. ¡Al templo, niños inocentes, desvalidos ancianos, mujeres inermes, al templo!⁴⁷

Esta mentalidad fue la que definió en parte la Guerra de los Mil Días, porque el cierre del espacio político, la persecución y el señalamiento, la vindicación mediante el odio al otro, a la otra, en este caso a quienes pertenecían al liberalismo (y más aún al socialismo o al comunismo), no eran considerados ni ciudadanos menos aun seres humanos, y por tanto no cabían en el territorio colombiano, porque solamente eran colombianos aquellos que profesaban una fe, una moral, una identidad, una lengua y una creencia, y esos eran los conservadores católicos, todo lo otro era peligro, amenaza, cuando no, la manzana podrida de la sociedad y ya se sabe qué se hace con los que se califican como la fruta podrida en el redil del costal.

Pero quien dio este giro hacia una sociedad intransigente e intolerante, después de que el país se iba descolonizando de la dura corteza

⁴⁷ Carrasquilla, Tomás. *Luterito*. Medellín: Bedout, 1980, p. 152.

española, con las reformas liberales desde 1848 hasta el año de 1863 que promulgó en Rionegro una constitución moderna, federal⁴⁸ y liberal⁴⁹, fue el bardo hacendado cartagenero Rafael Núñez⁵⁰. Y fue él, quien encendió con el cerillo retrógrado y regresivo, esta catástrofe bélica cuando volvió al país después de ser cónsul en Liverpool. Núñez que había sido adepto de las toldas del liberalismo radical, tras su estancia en la isla británica, al presenciar los estragos del capitalismo en las cosmópolis inglesas, se retrajo (o retractó de su liberalismo) y al calor de las lecturas de Herbert Spencer y de Augusto Comte, se convirtió (fue un converso como lo fue también José María Samper⁵¹) en un conservador que tras la guerra de 1885, que derrotó a los liberales, impuso un régimen ultra-católico, despótico y tiránico, católico y conservador.

En dos siglos, siempre que se ha intentado en el país, construir la democracia liberal, sobreviene la reacción, conservadora, retrógrada y de derecha, piénsese estas fechas de 1863 se pasó a 1886; de 1904–1914, se pasó a 1918 hasta el año de 1930; de 1930 a 1938 se pasó a 1949 y de ahí a 1953 hasta 1957 y de 1991, se pasó a 2002 y estamos en 2022 (¿Del liberalismo a los fascismos?, diría Herbert Marcuse⁵². No obstante todo lo anterior, al parecer su giro ideológico de Núñez, –¿pero también del país? – o más bien su conversión se debió a un lío de faldas, su amorío con Soledad Román⁵³, por quien se debió su repentino giro hacia el conservatismo toda vez que eso le facilitaba su divorcio con su esposa anterior y su nuevo

⁴⁸ Suárez Cortina, Manuel. *Federalismos. Europa del Sur y América Latina en perspectiva histórica*. Comares: Granada, 2016.

⁴⁹ Sierra Mejía, Rubén. *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.

⁵⁰ Serrano Camargo, Rafael. *El Regenerador. Vida, genio y estampa de Rafael Núñez. 1825–1865. 1866–1894*. Bogotá: Lerner, 1973.

⁵¹ Jaramillo, Mario. *José María Samper. Biografía de un converso*. Bogotá: Rocca, 2020.

⁵² Marcuse, Herbert. “La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado”. En: *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Sur, 1970.

⁵³ Galvis, Silvia. *Soledad, conspiraciones y suspiros*. Bogotá: Arango editores, 2002.

matrimonio, por ello firmó el Concordato de 1887⁵⁴, que restableció las relaciones entre la Iglesia Católica Romana y el Estado colombiano que se habían roto con la constitución liberal federal. Basta leer el magnífico escrito de Tomás Cipriano de Mosquera titulado: “Carta al Papa”⁵⁵, para dimensionar esta época de secularización del país. Entonces, Soledad Román y otras mujeres fueron vitales y sujetos incidentes en el país, porque tuvo una influencia marcada según lo mencionan los analistas en el personaje cartagenero Núñez, podemos corroborar este argumento, a la luz de la novela histórica de Silvia Galvis, *Soledad, conspiraciones y suspiros*, donde se reconstruye gran parte del pasado decimonónico del país y es una obra esencial de los años catastróficos de Colombia.

Ahora, otra Soledad figura entre los personajes capitales del siglo XIX colombiano, la librepensadora y feminista Soledad Acosta de Samper, quien según su vida y obra sería una lectura imprescindible para poder rescatar del sueño y del olvido a las mujeres como sujetos ineludibles de nuestro acontecer nacional. Ahora bien, pero no podemos por el espacio esgrimir algunos asuntos, los políticos e históricos que esta adalid del feminismo colombiano aportó reflexivamente en cuanto se refiere a la Guerra de los Mil Días, sugerimos algunos datos bibliográficos⁵⁶. En últimas, entonces, *La Regeneración* con la constitución de 1886, de la mano de Miguel Antonio Caro, quien fue un asiduo lector del *Syllabus* de Pio IX⁵⁷, del arzobispo radical antiliberal y extremista, Ezequiel Mo-

⁵⁴ Sierra Mejía, Rubén. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.

⁵⁵ Cipriano de Mosquera, Tomás. “Carta al papa”. *Los Radicales del siglo XIX*. Bogotá: Áncora, 1984.

⁵⁶ Alzate, Carolina. *Soledad Acosta de Samper y el discurso letrado de género. 1853-1881*; Alzate, Carolina y Ordoñez, Montserrat. *Soledad Acosta de Samper. Escritura, género y nación en el siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana, 2005.

⁵⁷ S.F. *El Syllabus, explicado al alcance de todos*. Bogotá: Imprenta el Tradicionista, 1874.

reno y Díaz⁵⁸, traductor de Virgilio y Horacio, romántico reaccionario quien como latinista fundó su conservadurismo en una ideología anti-burguesa, anticapitalista y anti-urbana, profundamente pastoril contra la modernidad⁵⁹ y Núñez conformaron un binomio que con su régimen político crearon el ambiente y la forma que le dio vida al conflicto armado de 1899–1902 como veremos al final. Por esto, se recomienda a los lectores interesados en entender la confrontación bélica de finales del siglo XIX, como algo fundamental, acercarse a lo que fue el periodo de los gobiernos conservadores, 1885–1904.

Así que, Quiteria y Caro (una semiilustrada o poco letrada, otro gramático, latinista y traductor, se conjugaron precisamente en el anti-liberalismo y en el lema, de amigo y enemigo absoluto bajo la consigna: *Quien no está conmigo está contra mí*:

[...] y se colma la casa del señor. Nuestra señora de las Victorias es paseada por la capital. Santos milagrosos, Vírgenes doloridas, sangrientos Nazarenos son sacados de sus nichos y llevados a hombros por las calles y por las plazas. Tócase a rogativa en todas las aldeas; las romerías acuden a todos los santuarios. El clamoreo sube al unísono al Dios de los Ejércitos. No le basta a la piedad las fórmulas imprecatorias de la madre Iglesia: algo más concreto ha menester; y una dama ilustre vierte su corazón y su cerebro en rezo inmortal a Santa Elena. Cunde y se propaga; el ritornelo de los gozos, coreado, declamatorio, oyese en ciudades, aldeas y cortijos: “Dadnos el triunfo completo. De la Cruz del Redentor”.

No para en esto la antioqueña: bórdanse banderas y escapularios para los héroes cristianos; ensártanse rosarios a millares. Crece el

⁵⁸ Moreno y Díaz, Ezequiel. *Cartas pastorales. Circulares y otros escritos*. Madrid: Imprenta de la Hija de Gómez Fuentenebro, 1908.

⁵⁹ Gutiérrez Girardot, Rafael. *Temas y problemas para una historia social de la literatura latinoamericana*. Bogotá: Cave Canem, 1989.

fervor, crece el entusiasmo. Un apóstol levanta estandarte; apellida al pueblo; el pueblo le sigue, y, entre plegarias y clamores. Peregrina hasta allende el Chinchiná⁶⁰.

Como presidente del Congreso en 1878, Rafael Núñez había sentenciado el destino de Colombia hasta finalizar el siglo XIX, su frase recordada cuando expresó: “Estamos en este dilema: Regeneración administrativa o catástrofe”. El nervio del debate y al mismo tiempo, la sabia nutrición de la novela estético política de Carrasquilla describe con plasticidad una de las contiendas armadas (de las decenas que hubo según Álvaro Tirado Mejía⁶¹ y Gonzalo España⁶²) que decantarían tres décadas después los motivos de la Guerra de Los Mil Días. La censura a la prensa, (Con el artículo K transitorio conocida La ley de los Caballos, 1888), las restricciones a las libertades, la educación no laica y su monopolio religioso, los impuestos a los comerciantes y agroexportadores, los poderes extraordinarios del ejecutivo, el fraude electoral, la corrupción, el clientelismo nombrando en altos cargos públicos a amigos y a familiares, la emisión del papel moneda, el control de la administración pública y el ejército, y el despotismo cultural que impuso una defensa agresiva de lo nacional y lo hispánico como valores últimos y así contrarrestar y atacar cualquier influencia cosmopolita y cultural foránea, constituyeron algunos de los derechos vulnerados y conculcados que precipitaron el ánimo de beligerancia y de guerra armada, junto a la exclusión y marginación de los liberales (radicales y moderados) del poder político y de la política.

Los gobiernos de la Regeneración, violaban, restringían y conculcaban, las libertades, en nombre de la autoridad, el orden y las buenas

⁶⁰ *Ob. cit., Luterito*, p. 152.

⁶¹ Tirado Mejía, Álvaro. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Bogotá: Colcultura, 1976.

⁶² España, Gonzalo. *El país que se hizo a tiros: guerras civiles colombianas (1810-1903)*. Bogotá: Random House Mondadori, 2013.

costumbres de los colombianos. Se censuró y por tanto se penalizó la libertad de expresión y pensamiento, la libertad de cultos, la educación laica, la libertad de movilidad, se acabó la descentralización, se restringió la participación de las minorías políticas en los gobiernos, se destruyó la garantía a la oposición política, el librecambio, o el libre mercado, la agro exportación, porque se impusieron impuestos abusivos y exagerados, se desconoció la ciudadanía plural, se negó el reconocimiento del mestizaje y el pluralismo étnico, la diversidad de lenguas, entre otros aspectos y se impuso la nación católica y conservadora como imagen válida, legítima y absoluta.

Finalmente hay que recordar que, el padre Casafús fue exigido en medio de esa contienda de la Guerra de las Escuelas entre liberales y conservadores a expresar de qué bando estaba, y dado que apeló a la libertad de conciencia (mediante su silencio) en el pueblo de San Juan de Piedragorda se le interpretó como adhesión a unos y otros, porque su (silencio como libertad de conciencia) le pareció a algunos liberales que significó que estaba de parte del partido católico conservador, lo señalaron de traidor; y los conservadores interpretaron su silencio como masonería, ilustración, protestantismo, revolucionario, subversivo, rojo, o sea Casafús fue un liberal e impío. En medio de los vaivenes de la contienda es pertinente resaltar los papeles de la mujer en la guerra como ya se vio Quiteria fue instigadora y actora principal, y valga señalar que Carrasquilla es extraordinario porque de modo enriquecido mediante el diálogo entre literatura y política muestra a otras mujeres que solían moverse como acompañantes, enfermeras, conspiradoras, informantes, soldados, quienes pese a sus roles imprescindibles en las contiendas siempre fueron desconocidas, ignoradas e hechas invisibles de las historias.

Sin duda existe un material que sería pertinente revisar, y quizás la lista sería interminable, pero con el objetivo de este artículo, de observar y analizar el papel de la mujer en la Guerra de los Mil Días, resulta inevitable invitar a leer, la serie de relatos cortos que se publicaron con

el título, *El Recluta*. En el año de 1900, la revista medellinense, *El Cascabel*, dirigido por Henrique Gaviria Isaza, propuso la publicación de unos cuentos cortos con el tema del regreso del recluta de la guerra, se esperaba publicar ocho cuentos, pero se presentaron diez, excepción del escrito de Efe Gómez que nunca llegó. Los cuentos se publicaron en febrero de 1901 en *El Medellín, Periódico de Variedades*, puesto a la venta el dieciséis de mayo con un costo de cuatro pesos el ejemplar. Las guerras no solamente son batallas armadas, muertes y campos destrozados, hay otras guerras, las que libran las mujeres en la vida cotidiana, ya sea como reclutas o por ser abandonadas por sus parejas masculinas.

En los cuentos, *El Recluta*, la figura esencial es la mujer, esposa, amante, madre, hermana, sobrina, prima o hija, que libra esa otra guerra, la contienda por la sobrevivencia, por la ausencia y la incertidumbre, las que deben al calor del desamparo, luchar por sus existencias y por sus vidas aparentemente desvalidas. En la obra hay relatos muy pertinentes para redescubrir esas otras guerras que sortean las otras, las mujeres a la luz de lo que no se cuenta en relación con las batallas cotidianas de la vida. En el libro son de resaltar y constituyen testimonios muy fehacientes de lo que sucedió en la Guerra de los Mil días con las mujeres, los relatos de Ricardo Olano: “La vuelta de Juan”, donde se describen esas otras contiendas, las que soportan las mujeres en la vida cotidiana en medio de las conflagraciones armadas; Eusebio Robledo: “Un polvo... y nada más”, explora el tema de la relación guerra y enfermedad, el papel de la música y la poesía, y el tema de las heroínas anónimas de las guerras (las mujeres), llevando el peso de la existencia y la cotidianidad.

José Velázquez García: “De la Guerra”, escudriña los sentimientos y los afectos en medio de la guerra, una micro psicología y la destrucción del hogar y las familias como estructura social; José A. Gaviria: “Una Venganza”, explora el hambre, las penurias y las afecciones psicológicas del recluta que vuelve; Luis del Corral: “¿Pequeñeces?”, aborda con ver-

satilidad, la batalla de Peralonso y la situación de la mujer en la guerra; Alfonso Castro: “De regreso”, sobre la guerra y la destrucción de los proyectos de vida; José Montoya: “Triunfo del recluta”, el amor y el desamor que produce como consecuencia la guerra, la ruptura de las parejas; Juanilla: “El seudónimo de Dios”, el desclasamiento en la guerra, (empobrecimiento de las clases altas, enriquecimiento de las bajas); Gonzalo Vidal: “Perversidad”: las enfermedades físicas y la incertidumbre de la vida; Tomás Carrasquilla: “A la plata”, sobre el problema de cómo se pierde la autoridad paterna por la guerra y su injerencia en la vida de las mujeres.

De modo que entre *Luterito* y el *Recluta*, el lector ya podrá tener alguna familiaridad con el tema de la mujer, la nación y los conflictos en Colombia, además que podrá aproximarse a los contornos de la Guerra de los Mil Días. Obviamente este ejercicio requiere de manera más juiciosa y detallada, con mayor minuciosidad escudriñar obras que por sus fechas y contenidos constituyen referentes obligados para poder desenmarañar las relaciones entre política y literatura en el marco de la historia intelectual de los conflictos o la guerra del país, basta sencillamente citar, “Núñez, poeta”⁶³ (1888) de Baldomero Sanín Cano, publicado con el seudónimo de *Brake*, en el que el liberal de izquierda critica con ironía la mala poesía de Rafael Núñez, pero desenmascara el despotismo y la tiranía de la *Regeneración*.

El lector podrá leer y confrontar dos obras que muestran la dimensión del conflicto bipartidista del siglo XIX, la novela autobiográfica de José Asunción Silva, titulada. *De Sobremesa*⁶⁴, que es un relato histórico novelesco que coloca un *Dandy* en Bogotá en plena Regeneración y por medio de ella el poeta Silva redescubre la tiranía cultural de la

⁶³ Sanín Cano, Baldomero. “Núñez, Poeta”. El oficio del lector. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.

⁶⁴ Silva, José Asunción. *De Sobremesa*. Bogotá: Áncora, 1993.

Regeneración, su tozudo hispano catolicismo y su recalcitrante nacionalismo que impedían la introducción en Colombia de corrientes y de formas de pensamiento modernos y cosmopolitas. Recuérdese que Sanín Cano introdujo a Silva en la cultura y los pensadores ingleses, daneses, rusos y alemanes, de hecho, le enseñó a leer en alemán a Silva, en especial Schopenhauer y Nietzsche y Silva indujo a Sanín Cano a conectarse con la cultura francesa. Son apenas dos referencias inobjetables, y, en contraste, la lectura de *María* de Jorge Isaacs contrarrestaría la imagen de la guerra del lado liberal, y la pondría del lado conservador.

De la guerra a la paz, de la paz a la guerra, algunas conclusiones

Por lo que corresponde a este escrito, hace dos décadas el profesor Rafael Gutiérrez Girardot en una variedad de trabajos argüía que una historia social de la literatura latinoamericana exigía, por un lado, la edificación de una historia intelectual y para ello era imprescindible en nuestro medio la construcción de archivos en especial de revistas y de periódicos. Con base en sus apreciaciones que se hayan específicamente detallados en sus libros titulados, *El Intelectual y la Historia*⁶⁵ y *El intelectual hispanoamericano del siglo XIX*⁶⁶, las relaciones de la literatura y la política⁶⁷ han de ser comprendidas en el campo más amplio de la historia intelectual y justamente el acceso a las fuentes y la construcción de espacios académicos como foros, congresos, seminarios y encuentros resultan indispensables.

⁶⁵ Gutiérrez Girardot, Rafael. *El Intelectual y la historia*. Caracas: Fondo editorial La Nave Va, 2001.

⁶⁶ Gutiérrez Girardot, Rafael. *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. [Maryland]: University of Maryland at College Park, 1992.

⁶⁷ Gutiérrez Girardot, Rafael. "Literatura y política Latinoamérica". En: *Insistencias*. Bogotá: Ariel, 1998.

De igual manera en el continente, hace dos décadas, se ha posicionado la historia intelectual y, con ella como campo de estudio e investigación, se han venido cuestionando ciertos problemas de nuestras tierras y de nuestras latitudes y se han abierto caminos teóricos, metodológicos y empíricos de indagación, análisis y de reflexión, suscitando nuevas preguntas e interrogantes de la mano de Carlos Altamirano, Horacio Tarcus, Aimer Granados, Alexandra Pita, Alejandro Blanco, Paula Bruno y muchos otros. ¿Qué ha sucedido en Colombia? Un trabajo mancomunado sobre la historia intelectual apenas se avizora en algunos esfuerzos personales e individuales. Con el ánimo de repensar los otros y las otras de la historia, sería necesario investigar y descubrir otros actores esenciales, como son los campesinos, los obreros, los afros, las etnias y comunidades que no se relatan o no se hacen visibles en el acontecer de la historia nacional, por el carácter dominante que tiene en nuestro país narrar la historia.

Ya se ha señalado que la historia se cuenta desde las élites y las clases dominantes y por la dificultad de escribir esa *contra-historia* desde abajo, se deben replantear nuestras aulas, sus docentes, las cátedras universitarias y los *pensum* hoy en las instituciones de educación superior. A ello hay que agregar que también el control de los medios de comunicación es funcional a las historias excluyentes porque en términos de cultura impresa, e incluso cultura *mass media*, se imponen las miradas de ciertos grupos dominantes.

En este artículo de modo muy provisional, se ha incitado a revisar el papel de las mujeres en la guerra y particularmente en la de los Mil Días enfocado en la literatura y en particular en la prensa. Como se ha indicado, serían muchos otros los escenarios de la vida intelectual y obviamente requerirían un mayor tiempo de estudio e investigación para poder hacer una historia intelectual de los conflictos y de las guerras de nuestro país. Al menos aquí se ha ensayado de modo pedagógico y

singular, siempre pensando en el horizonte que el lector universitario u otros lectores tengan curiosidad y se interroguen por el modo de percibir nuestros problemas tanto del pasado como de la actualidad.

La Guerra de los Mil Días se desató por el carácter autoritario del régimen de la Regeneración y porque se vieron vulnerados muchos derechos ya descritos aquí. Darío Mesa, por ejemplo, en un escrito analítico, titulado: “XIX. *La vida política después de Panamá, 1903–1922*”⁶⁸, muy perspicaz y muy agudo, planteó por ejemplo que la transición en el liderazgo y dominación de las élites colombianas que pasaron de las clases hacendarias comerciantes de mitad de siglo XIX a las empresariales y agroexportadoras del finales del siglo XIX, fue lo que produjo la desavenencia que llevó a la conflagración armada y muestra además de modo muy nítido cómo esa transición del país al mercado mundial entrado el siglo XX, no fue sorteado con racionalidad ni con conciencia por los dirigentes de esa época, por su incapacidad y falta de preparación, por la cultura pre moderna y provinciana que impidió insertar al país en el mercado mundial de modo adecuado.

El libro titulado *Memoria de un país en guerra, Los mil días 1899–1902* coordinado y editado por Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera, ya citado aquí, constituye un referente bibliográfico indispensable y obligado para conocer lo que fue la última confrontación armada del país en el siglo XIX. Se destaca de esta obra la variedad de miradas de los expertos y especialistas, sus hipótesis de trabajo investigativo, la selección de las fuentes, pero por encima de todo ello se realza la inclusión de asuntos que hacen parte de la historia intelectual, la música, la caricatura y las mujeres. Del libro sobre *Memoria*, es muy estimulante y enriquecedor el

⁶⁸ Mesa, Darío. “La vida política después de Panamá”. En: *Manual de Historia de Colombia*. Tomo. 3. Bogotá: Procultura, 1984. pp. 33–109.

capítulo titulado: “Mujeres en pie de guerra” de Aída Martínez, en la que explora con detenimiento en la historia republicana del país cuál ha sido el papel y rol de las mujeres, además explica su condición invisible y su ocultamiento en los relatos históricos. De igual manera del libro, sin menospreciar los otros capítulos, la tercera parte está dedicada a las expresiones estéticas y se destacan los trabajos de Allie Anne Duque⁶⁹, R. H. Moreno Durán⁷⁰ y Beatriz González⁷¹ con contribuciones que no son habituales que sean estudiadas y enseñadas en nuestros predios universitarios.

El prejuicio positivista decimonónico aún sigue vigente en las instituciones universitarias colombianas del siglo XXI y por ello introducir temas como el cine, la literatura, la música, la caricatura, las artes plásticas, la fotografía, la arquitectura, en fin, según la percepción de colegas profesores y administradores, es tan insulso, inútil y hasta se le califica de insolvente e inválido en términos científicos.

No es por lo demás señalar que las dos figuras centrales de la Guerra de los Mil días fueron el bogotano Miguel Antonio Caro, un capitalino, gramático, filólogo, letrado que nunca salió del país y menos de Bogotá, educado en los más rancios barrotes del escolasticismo, su obra periodística y parlamentaria está por ser indagada en relación a un trabajo pormenorizado sobre sus posiciones indeclinables contra los liberales (y todo aquello que no fuera conservador y católico), el personaje alterno, fue el militar hacendado y antioqueño, Rafael Uribe Uribe, también le-

⁶⁹ Duque, Allie Anne. “Música en tiempos de guerra”. En: *Memoria de un país en Guerra. Los Mil Días 1899-1902*. Bogotá: IEPRI-UNIJUS-Universidad Nacional de Colombia-Planeta, 2001, pp. 251-271.

⁷⁰ Durán, R.H. Moreno. “Ficción y realidad en la guerra de los Mil Días”. En: *Memoria de un país en guerra. Los Mil Días 1899-1902*. Bogotá: IEPRI-UNIJUS-Universidad Nacional de Colombia-Planeta, 2001, pp. 271-289.

⁷¹ González, Beatriz. “El último peregrino o el pintor de la guerra”. En: *Memoria de un país en guerra. Los Mil Días 1899-1902*. Bogotá: IEPRI-UNIJUS-Universidad Nacional de Colombia-Planeta, 2001, pp. 289-299.

trado, cosmopolita, viajero y diplomático, fue un trotamundos que salió del país, igualmente sería oportuno como líder de los ejércitos rebeldes reconstruir su opinión y ver de qué modo pensó e hizo la Guerra de los Mil Días.

Es indispensable y obligado leer estos personajes porque en ambos es posible encontrar las claves de lo que fue la Guerra de los Mil Días, una guerra reparación⁷² y una guerra por derechos y por democracia que dejó al país en la ruina y con la vergüenza de haber perdido el territorio de Panamá en 1903, como muy bien lo analizaron Lucas Caballero⁷³, Gonzalo España⁷⁴, Jorge Villegas y José Yunis⁷⁵. Y como cierre de estos extensos párrafos, la invitación sería leer a José Manuel Marroquín (Con José María Rivas Groot), la novela histórica *Pax*, es ineludible el libro del excéntrico y medio anarquista José María Vargas Vila, *Los Césares de la decadencia*, a Max Grillo, *Emociones de la guerra* y en últimas a Antonio José “Ñito” Restrepo, *Sombras chinescas. Tragicomedia de la Regeneración*.

¡*El Padre Casafús* o *Luterito*, excomulgado y vituperado por la sociedad de San Juan de Piedra Gorda *Murió de Hartura*, de ser señalado y vindicado por su libertad de conciencia y por su silencio, porque en medio de la Guerra no expresó de qué bando era, o a qué bando se inclinaba, acaso muchos de los héroes y heroínas anónimos de este país, mueren no solamente asesinados por sus opiniones y por su libertad de conciencia, también se muere poco a poco, en la cotidianidad de estar *HARTO*!

⁷² Rubiano Muñoz, Rafael. Guerra, nación y derechos. A los 112 años de la Guerra de los Mil Días (1899-1902). En: Revista *Opinión Jurídica*, Vol. 10, n.º 20, Medellín, julio-diciembre de 2011, pp. 175-192.

⁷³ Caballero, Lucas. *Memorias de la guerra de los Mil Días*. Bogotá: Áncora, 1980.

⁷⁴ España, Gonzalo. *El país que se hizo a tiros. Guerras civiles colombianas (1810-1903)*. Colombia: Debate, 2013.

⁷⁵ Villegas, Jorge y Yunis, José. *La Guerra de los Mil Días*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.



Ilustrador:
JUAN ERNESTO CORREA RIVAS